

respetable bibliografía final, presentando los hechos fundamentales de cada época tratada con precisión cronométrica pero de forma amena. Este trabajo representa junto con las monografías de la editorial *Historia 16* el intento más serio de divulgar la historia sin caer en simplificaciones.

Alesund College

AITOR YRAOLA

Jon Juaristi. *El bucle melancólico. Historias de nacionalistas vascos*. Madrid, Espasa Calpe, 1997, 389 pp.

*El bucle melancólico*, premio Planeta 1997 de ensayo, se eleva a la categoría de obra paradigmática dentro del subgénero del ensayo político. Esta cualidad de paradigma le viene dada tanto por la variedad como por la intensidad de sus análisis. Desde ópticas sicologistas, historicistas o simplemente ideológicas, Jon Juaristi se muestra capaz de mantener un difícil equilibrio entre la pasión y el rigor académico. Se trata de desanudar el nudo de cien años de irrationalidades nacionalistas (la española y la vasca), de desconstruir el entramado de falacias pseudo-históricas sobre las que el PNV levantó su legitimación y de desarmar el simplismo de un nacionalismo español ciego y sordo a una realidad socio-étnica diferente. Ningún responsable de estos procesos destructivos se queda sin su dosis: ETA como la consecuencia sangrienta de melancolías adolescentes, el PNV como heredero vergonzante de unos orígenes racistas y las sucesivas dictaduras como estímulos de una otredad hostil hacia las «provincias traidoras».

La voluntad de parar el desastre del terrorismo se expresa aquí, como dicen los argentinos, «con todo», por lo que disfrutamos de su carácter genéricamente mestizo. El libro de Juaristi es, a la vez, un tratado de historia del nacionalismo vasco, una autobiografía y un manifiesto por la paz. Empieza en clave historiográfica, bien documentado, para continuar como biografía y testimonio de primerísima mano, para acabar convirtiéndose en unas memorias personales en las que el papel protagonista del autor intensifica el discurso dándole una fuerza extraordinaria.

Las ideas más originales del ensayo son extremadamente actuales. Se trata de explicar todo un problema histórico a partir de lo emocional, de los traumas personales de sus protagonistas. De lo particular a lo general, desde la «vividura» al «ismo» y no al revés como se ha hecho tan a menudo durante la última modernidad. Los fundamentos del nacionalismo vasco mas radical, desde Sabino Arana a Txillardegui (fundador de ETA) vienen de familias castellano-hablantes, «españolas», pero que sufrieron en sus carnes y, sobre todo, en sus bolsillos las consecuencias de una serie de cambios sociales que les hicieron descender en la escala social. Desde la nostalgia de la pérdida de un proceso de sublima-

ción del *nosotros* frente a *ellos*, se acabó construyendo una vasquidad radical y ontológicamente diferente.

Los tres primeros capítulos del libro («Vascomanía», «Super Flumina Babilonis» y «El Bardo de Hendaya») se dedican a dismantelar los mitos proto-nacionalistas. Para el autor, antes de Sabino Arana Goiri no existió el nacionalismo vasco. El vasco-francés Joseph-Agustín Chaho sostuvo que el carlismo vascongado encubría un nacionalismo revolucionario. Según Juaristi, ni los carlistas se reconocieron en las descripciones que éste hizo de ellos, «ni el propio escritor se definió jamás a sí mismo como algo distinto de un republicano *francés*» (36). Por otro lado, la inmerecidamente famosa novela de Navarro Villoslada (*Amaya o los vascos en el siglo VIII*) no pasó de ser un manifiesto reaccionario a favor de los cristianos viejos, es decir, de lo vasco como lo hiper-español. La identificación por parte de algunos *abertzales* (patriotas) del carlismo como una forma de nacionalismo originario no resiste un análisis histórico mínimamente serio, «las reivindicaciones carlistas nunca menoscabaron la adhesión a la patria común española» (39). Otro supuesto del primer nacionalismo aquí cuestionado es el de identificar el problema vasco con el norirlandés; para Juaristi «probablemente no habrá un país cuya historia se parezca menos a la de Vasconia» (64). Y es que los vascos han sido históricamente co-partícipes, con Castilla, de la historia imperial de España. Para Unamuno, como para otros intelectuales españoles, Vasconia es, y fue, patria ancestral de España, punto de arranque de la regeneración nacional. Pero la cultura vasca quedó caracterizada por don Miguel (y por otros de la generación del 98) desde un ángulo exclusivamente poético e *infrahistórico*, cayendo en una forma de sublimación estético-espiritual y escamoteando así «la posibilidad de una visión histórica, y no porque las visiones poéticas sean incompatibles con la historia, sino porque esta particular visión exige privar de voz y de historia al pueblo (vasco)» (108). Sabino Arana, sin renunciar a sus propias sublimaciones étnicas (incluso racistas) cayó en el extremo contrario, fabricando una historia de los vascos que pudiese legitimar «científicamente» el hecho diferencial.

Los cuatro capítulos siguientes («Tartarín en Vizcaya», «Neolenguas», «La Vieja que pasó llorando» y «La guerrilla imaginaria») hacen hincapié en los aspectos «fantásticos» que alimentaron la aparición del nacionalismo vasco, incluyendo, además, un lúcido análisis de las circunstancias sociológicas que sirvieron de base a dichas fantasías. Esta es la parte más argumentativa de la obra, donde se caracteriza a Sabino Arana como un *Tartarín*, melancólico y amante de aventuras imposibles, enemigo de la rutina que acabó por hacer realidad «los castillos en el aire» de una imagería superior de lo vasco. El héroe literario francés, «cazará leones donde le plazca háyalos o no, y Sabino Arana se inventará una patria y unos enemigos de la Patria sin salir de su jardín familiar de Abando» (146). Pero a estas melancolías colaboró la tradición antiliberal

y reaccionaria de un catolicismo ruralista profundamente resentido —ideológica y económicamente— por las desamortizaciones. La familia de Sabino acababa de perder posesiones y prestigio en las guerras carlistas a manos de una incipiente burguesía liberal y urbana. Este resentimiento se tornaría étnico y religioso, al extremo de aborrecer todo lo que viniera de fuera, es decir, de España. En este sentido son curiosas, y hasta divertidas, las referencias de Jauristi a las fobias aranianas contra la música de organillo y el baile *agarrao*, manifestaciones de una sensualidad hispánica y latina, repugnantes a un supuesto purismo y moralismo autóctonos. Así la visión proto-nacionalista de la historia vasca se hace metafórica, «cada gesta (de los antiguos vascos) sustituye a su pequeña tragedia familiar, proporcionando, de paso, unos modelos míticos de vuelta al orden edénico» (160).

En otro orden de cosas, la concepción apellidista del nacionalismo no podía por menos que incluir a la oligarquía local entre los auténticos vascos; el problema es que la alta burguesía no fue —ni es— nacionalista, al contrario, es parte central de la oligarquía española. Para Arana se es vasco o *maqueto* independientemente de las creencias o situación en la vida. El hecho de que el nacionalismo naciera como un movimiento anti-urbano y anti-industrial acabaría limitando, inevitablemente, su desarrollo político. Los intentos posteriores por parte del entorno etarra de dividir a los vascos entre auténticos o falsos según su posicionamiento político, no han hecho sino arrojar confusión a un problema de identidad que nunca existió antes del nacionalismo. Las propuestas del viejo y del «nuevo» nacionalismo resultan, ambas, tan irreconciliables como absurdas.

El autor del ensayo no pierde la oportunidad, a pesar de sus posturas claramente antinacionalistas, de subrayar la integridad personal y el valor de tantos soldados nacionalistas (*gudaris*) que lucharon por una República en la que nunca creyeron. Para Juaristi este grupo de vascos representa «uno de los raros ejemplos que han pasado a través de las matanzas de este siglo sin mancharse con la sangre de inocentes ni de enemigos inermes» (269). Pero la derrota contribuyó, de nuevo, a la tradición melancólica de la pérdida de la patria, y esa melancolía serviría de inspiración a un determinado grupo de adolescentes de la pequeña burguesía donostiarra y bilbaína (entre los que se encontraba Juaristi) que vieron en la madre Patria vaca el objetivo ideal de sus existencialismos quinceañeros. En estas páginas los recuerdos del autor nos conmueven por lo que tienen de testimonio y meditación autobiográfica.

Juaristi lamenta que a las puertas del siglo XXI algunos líderes nacionalistas, como Xavier Arzalluz, continúen aprovechando la más mínima oportunidad para alimentar el victimismo anti-español, aunque rechacen repetidamente la violencia terrorista de ETA. El ensayo se termina («Turbias potestades») subrayando la estupidez y especial crueldad del asesinato de Miguel Angel Blanco a manos de ETA, asesinato que ha provo-

cado una reacción popular extraordinaria que los terroristas no se esperaban. El autor se suma al rechazo de la ciudadanía vasca que, en su gran mayoría, desea que termine de una vez tanta violencia.

Winthrop University

PEDRO MARÍA MUÑOZ

Román Gubern. *Del bisonte a la realidad virtual. La escena y el laberinto*. Barcelona, Anagrama, 1996, 193 pp.

Es bien conocida la obra del profesor de Comunicación Audiovisual Román Gubern, veterano semiólogo y especialista en la moderna cultura de masas, a través de fundamentales estudios sobre el lenguaje de los cómics, o el funcionamiento de la censura bajo el franquismo, por citar sólo dos de sus contribuciones más señaladas en el área de la crítica cultural. El presente estudio sobre el desarrollo de la imagen icónica en nuestros días tiene su punto de partida en la «creciente colonización del imaginario mundial por parte de las culturas transnacionales hegemónicas, que presionan para imponer una uniformización estética e ideológica planetaria» (7), fenómeno coincidente con los nuevos avances tecnológicos que han propiciado el desarrollo actual de la realidad virtual.

El ensayo de Gubern analiza la evolución de las imágenes icónicas en la historia occidental, en cuanto a sus fundamentos ideológicos, su soporte técnico y artístico y su repertorio, en una trayectoria que va desde sus orígenes en las pinturas rupestres hasta la revolución de las imágenes informáticas. En su estudio Gubern analiza el continuo afán de perfeccionamiento en la calidad mimética de la réplica icónica, desde el descubrimiento del contorno, la perspectiva central, la imagen en movimiento o la fotografía en color hasta el hiperrealismo de la realidad virtual.

Una de las ideas centrales del ensayo es la distinción entre la imagen icónica como escena, en un intento de representación mimética de la realidad, y la tradición de la imagen como laberinto conceptual y como símbolo críptico (desde el simbolismo paleocristiano hasta los técnicos códigos pictográficos modernos). La imagen-escena se basa en el simulacro transparente y en la imitación realista, mientras que la imagen-laberinto, con rodeos y encrucijadas de difícil orientación, da pie a la imagen simbólica. Gubern señala la tensión constante entre estas dos formas icónicas a lo largo de la civilización occidental, que es paralela a la tensión entre lo perceptual y lo conceptual, la actividad empírica y la actividad mental.

El recorrido que Gubern realiza en los tres primeros capítulos de su libro siguiendo la evolución de los códigos icónicos occidentales resulta verdaderamente apasionante, dado que abarca las diferentes etapas de la evolución imagística así como todo tipo de soporte y medio artístico, des-